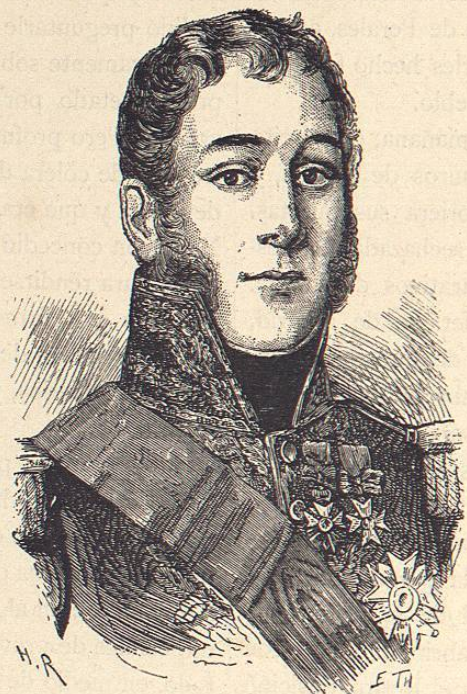


nista. Mas los que no habían sido comprendidos no por esto estaban mejor al abrigo de su venganza. Hizo condenar á muerte al marqués de San-Simón, grande de España, bajo pretexto de que era emigrado francés; consintiendo, empero, en perdonarle la vida en vista de la reprobación universal que levantó esta iniquidad en su propio campo, se contentó en hacerle deportar á Francia con una infinidad de españoles influyentes por el solo crimen de haber sido fieles á la causa de su país.



MARISCAL MORTIER

estas medidas se hicieron odiosas á los que las habían ardorosamente deseado, por el solo hecho de que eran impuestas por un despotismo extranjero y lejos de llenar su resultado, no tuvieron otro efecto que devolver una popularidad pasajera á las clases y á las instituciones que, desde el reinado de Carlos III, habían perdido casi toda su influencia.

Napoleon se había establecido en Chamartin, en la casa de campo del duque del Infantado, uno de aquellos á quienes había confiscado los bienes. Había hecho en Madrid una corta aparición, mas en lugar del efecto de curiosidad que estaba acostumbrado á producir, á su paso, no había encontrado, por todo recibimiento, con gran disgusto suyo, sino una actitud friamente hostil. En lugar de correr para contemplar al héroe, los madrileños se habían encerrado en sus casas. En esta excursión visitó el palacio de los reyes de España. Se dice, que de todos los objetos preciosos que contenía la morada real, el

No teniendo ya que guardar miramiento alguno á las clases privilegiadas cuya complicidad no había llegado á ganar á despecho de las promesas que les había desde luégo prodigado, inauguró, finalmente, el programa de la regeneración española con una serie de decretos dictatoriales; por uno abolía los derechos feudales; por otro el tribunal de la inquisición, por un tercero las aduanas existentes en provincias. Un cuarto decreto reducía al tercio el número de los conventos. Excelentes en sí mismas,

retrato de Felipe II, por Velázquez, fué al que fijó más su atención. Lo contempló mucho rato en silencio; parecía no poder separar sus insaciables miradas, sea que buscase penetrar el secreto de este viviente enigma, sea más bien que se sintiera apoderado de una admiración mezclada de envidia porque este rey inquisidor había ejercido un poder aún más absoluto y más temido que el suyo. Algunos días después ofreció á los habitantes de Madrid el espectáculo de una de estas revistas militares que atraen siempre á las gentes; esta parada se ejecutó en una completa soledad. Esta indiferencia rencorosa y persistente denotaba una población intratable. Madrid era decididamente una mansión malsana, y siempre muy atento al cuidado de su seguridad personal, el emperador prefirió la inmediatez de su campo al contacto de una capital que encerraba tantos fanáticos.

José había seguido á su hermano á remolque, en

los bagajes del ejército. Bien que se sintiera profundamente humillado del papel que se le hacía representar, había acompañado á Napoleon en Chamartin; mas ahí sus disentimientos tomaron un tal carácter de acritud que debió ir á establecerse en el Pardo. José se consideraba siempre como el rey de España, y, á este título, pretendía, no sin alguna apariencia de razón, tener voto en el capítulo sobre la conducta seguida para hacer entrar sus subordi-

nados en el deber, y dar su aviso sobre las medidas de que debía llevar la responsabilidad. Napoleon, al contrario, no reconocía otros derechos que los de la conquista; dependía de él guardarles ó trasmitirles de nuevo; y decía públicamente en sus manifiestos «que si los españoles no respondían á su confianza, no le quedaría otro recurso sino colocar á su hermano en otro trono. Entonces él pondría la corona de España sobre su cabeza, y sabría hacerla respe-



CAROLINA BONAPARTE



tar de los malos, porque Dios le había dado la fuerza y la voluntad de sobrepujar todos los obstáculos.»

Bajo esta cuestión personal, de la que José hubiera podido dar buena cuenta, se escondían disidencias de una naturaleza infinitamente más graves, y que eran en el fondo la verdadera causa del enfriamiento de los dos hermanos. A despecho de la ambición un poco artificial que Napoleon había encendido en él, José tenía el alma humana y afable. Quería reinar sobre los españoles y en caso de necesidad conquistar su reino; mas se lisonjeaba de ganar los corazones á fuerza de clemencia, de dulzura, de generosidad; tenía los escrúpulos de la honestidad y de la justicia; tenía fe en un triunfo definitivo de una inagotable buena voluntad.

Esto era, si se quiere, una ilusión, mas por lo menos no era una ilusión de un frenético. José no tenía

solamente un horror natural y sincero por las confiscaciones, destierros, encarcelamientos y muertes que costaban tan poco á su hermano; él las consideraba como medios impolíticos hechos para perder su causa, y cansaba á Napoleon con sus reclamaciones. El emperador levantaba los hombros de piedad escuchando tales quejas; ningún exceso, ningún crimen le repugnaba para someter á España; pero no era después de todo menos utopista en sus crueldades que José en su mansedumbre, y quimera por quimera, la de Napoleon era más irrealizable, ya que á cada uno de sus crímenes no hacía sino añadir la exaceración de que él era objeto.

Se ha dicho que Napoleon condenando á su hermano á esta nulidad que le exponía más de una vez á las risotadas del soldado, no había sido inspirado sino por el deseo magnánimo de cargar sobre él mismo todo el odio de la conquista y dejar en se-



guida á José los honores de una clemencia que había de ser fácil. Esta fantasía tan poco en relación con el carácter que ha dado á ella motivo, es un hecho insostenible en presencia de la *correspondencia* del rey José y de los confidentes de sus amigos. Napoleón no podía ignorar que los españoles hacían á su hermano solidario de todo lo que él hacía en España, y todo el mundo lo sabía como él. Las incesantes representaciones de José eran para él un tormento en todos los instantes, hé ahí porque él no quería dejar ninguna influencia efectiva. A consecuencia de la serie de decretos del 4 de Diciembre, las cosas vinieron al punto que José resolvió sustraerse á una posición que consideraba como deshonrosa.

«Señor, escribía á Napoleon el 8 de Diciembre, M. de Urquijo me comunica las medidas legislativas tomadas por Vuestra Majestad. *La vergüenza cubre mi frente ante mis pretendidos súbditos.* Suplico á Vuestra Majestad que acepte mi renuncia á todos los derechos que me había dado al trono de España. *Preferiré siempre el honor y la probidad al poder comprado á tanta costa.*» Esta carta, que es de las más honrosas para la memoria de José, enseña como la política de Napoleon, cuando se la veía de cerca en obra, era apreciada igualmente por un hermano y por un testigo tan interesado á juzgarla con indulgencia. Desgraciadamente José faltado de voluntad, había sido mordido en el corazón por esta pasión tenaz que se clava como una Némesis á los hombres que una vez han reinado, y no tuvo jamás fuerzas para mantener una dimisión que daba y volvía á tomar á la vez con un igual arrepentimiento.

A despecho de sus amenazas de dividir la España en vireinatos militares y de gobernarla él mismo como una provincia conquistada, Napoleon no podía pasarse de su hermano, al menos como testafiero de su propia autoridad. Necesitábase, en efecto, dejar á España una sombra de existencia nacional, no fuera sino para ofrecer un pretexto á la reunión de estas clases, siempre bastante numerosas, sobre todo en las ciudades, á las cuales, su posición dependiente y precaria no permite el lujo de una opinión. Anunció, pues, la intención de restablecer á José en el trono de España, tan pronto hubiese dado algunas muestras de sumisión, y provocó bajo mano á este efecto, una instancia de la municipalidad y de los principales miembros del clero de la villa de Madrid. Impacientes estos por verse libres de las cargas gravosas de una ocupación militar, no fué difícil decidirles á venir á pedirles el

restablecimiento de un rey que les prometía un alivio á sus males. Se presentaron el 15 de Diciembre, ante Napoleon, é imploraron de él «el favor de ver en Madrid al rey José, á fin de que bajo sus leyes, Madrid y España entera disfrutasen de la tranquilidad y del bienestar que alcanzaban de la dulzura del carácter de Su Majestad.»

En contestación á esta arenga, el emperador se entregó á una larga apología de las reformas que había operado; y recordó los decretos, por los cuales los españoles se mostraban tan ingratos, enumeró los beneficios de toda clase que España estaba llamada á recoger. Mas lo que decía, estaba por encima de su poder, era constituir los españoles en nación, bajo las órdenes del rey, si continuaba en ser imbuídos de principios de escisión y de odio hacia Francia. Sin embargo, no rehusaba *en ceder al rey sus derechos de conquista* y establecerle en Madrid, si los habitantes querían manifestar sus sentimientos de fidelidad y dar ejemplo á las provincias. Que se apresurasen, pues, en probar la sinceridad de su sumisión *prestando delante del Santísimo Sacramento un juramento que saliese no solamente de la boca sino del corazón.* En virtud de esta conclusión tan extravagante como inesperada el Santísimo Sacramento quedó durante varios días expuesto en las iglesias de Madrid, y los habitantes fueron admitidos á prestar juramento de fidelidad al rey José. Es con una admiración siempre nueva que uno ve hasta qué punto los hombres que han abusado más del juramento tienen confianza en su eficacia, con qué ingenuidad se persuaden que una ceremonia que no ha sido para ellos sino un medio de engañar, será para todos los otros una promesa irrevocable y sagrada.

Si los españoles hubiesen podido concebir la menor ilusión respecto de esta *Constitución liberal* que según la alocución imperial del 15 de Diciembre debía ser la recompensa de su docilidad, no tenían mas que abrir el *Moniteur* francés del mismo día, para quedar bien impuestos de la naturaleza y extensión de las libertades que les fueron prometidas. El *Moniteur* del 15 de Diciembre, contenía, en efecto, respecto del régimen modelo que Napoleon había dado á Francia, una definición trazada por él mismo y poco propia para excitar la envidia de las naciones extranjeras. Después de la recepción de las banderas tomadas al enemigo, el Cuerpo legislativo había encargado á algunos de sus miembros llevar á la emperatriz un memorial de felicitaciones: «Estoy muy satisfecha, respondió Josefina, que el primer recuerdo del emperador después de la victo-

ria haya sido para *el Cuerpo que representa la nación.*» Napoleon estaba ya muy irritado de una ligera oposición que se había manifestado en esta Asamblea en ocasión de un artículo del Código de instrucción criminal. Se condolía amargamente «de que en lugar de dar sus votos para el escrutinio contra la ley, los opositores hubiesen descuidado *pedir un comité secreto en el cual cada uno daría su opinión,* lo que permitiría ver *por la acta de la sesión si tenían culpa ó razón.*» El emperador se sentía molesto por la primera vez por el silencio al cual les había condenado, apercibiéndose que este mismo mutismo volvía toda denuncia imposible. Era olvidar bien pronto que estas actas no habían aprovechado al Tribunal, pero los miembros del Cuerpo legislativo tenían más memoria.

Teniendo ahora noticia de que la emperatriz había calificado de representantes de la nación á los hombres que no se atrevían á motivar su voto, tanto les había rebajado y envilecido, Napoleon experimentó un verdadero exceso de furor, como todas las veces que se evocaban ante él los derechos que había usurpado. El *Moniteur* recordó, pues, á los diputados su insignificancia é hizo que resonase el trueno sobre estas cabezas humilladas: «Su Majestad la emperatriz *no ha dicho eso,* afirmaba esta nota perentoria. Conoce demasiado bien nuestras constituciones; sabe demasiado bien *que el primer representante de la nación, es el emperador...* En el orden de nuestras constituciones, después del emperador viene el Senado; después del Senado, el Consejo de Estado; después del Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo... La Convención, la Asamblea legislativa eran representantes, tales eran entonces nuestras constituciones. Por esto, el presidente disputó la presidencia al rey... hoy sería una *pretensión quimérica y hasta criminal, querer representar la nación antes que el emperador.* El Cuerpo legislativo impropriamente llamado con este nombre, debería llamarse *consejo legislativo,* puesto que no tiene la facultad de hacer las leyes, no teniendo la de proponerlas. *No es sino la reunión de los mandatarios de los consejos electorales.*»

Tal era en todos sus rasgos esenciales esta constitución que quería imponer á toda Europa como un tipo de perfección inmutable y absoluto; un senado servil y tembloroso compuesto de sus criaturas, un Consejo de Estado compuesto, de instrumentos activos y dóciles, un Cuerpo legislativo reducido al papel de una cámara de registro, y por encima de estas sombras un hombre, solo representante de la nación, á la vez tribuno y dictador, investido del

triple poder de constituir, de legislar y de gobernar. No era poco haber tan prontamente realizado esta teoría degradante en plena civilización cristiana, en medio de un siglo ilustrado, pero era tal vez traspasar la medida proponerla tan abiertamente á la admiración de los pueblos, porque se había podido aceptar el cesarismo como una necesidad funesta y pasajera, pero nadie veía en él un sistema formal y durable. Solo el autor de este anacronismo tomaba su sueño en serio, él solo quería perseguir hasta el fin esta exhumación de la decadencia romana. Su pensamiento no podía salir de este círculo estrecho, resucitaba los nombres, las instituciones, las costumbres; buscaba las analogías hasta el punto de que él mismo no podía hablar del desastre de Dupont sin compararle con el de *Sabinus Titurius;* finalmente, vivía con delicia en estos siglos horrorosos cuyo recuerdo es una pesadilla por todo espíritu libre. En la época en que desencadenaba tantos azotes sobre la desgraciada España, por un rasgo de contradicción que no había podido nacer mas que en el cerebro de un César en demencia, enviaba á Cambaceres el proyecto de un *templo de Jano,* que debía ser edificado en la cumbre de Montmartre y *en donde se harían las primeras publicaciones solemnes de paz.* La erección de un templo de la Paz, en el momento en que venía á doblar la quinta, llevándola á ciento sesenta mil hombres, le parecía deber ser para todos los franceses una demostración sin réplica de sus intenciones conciliantes; y en eso, es necesario convenir, que no presu- mía aún demasiado de la credulidad de este pueblo que se contenta con palabras. Este templo debía costar de treinta á cuarenta millones. Como la enormidad de esta suma hubiese podido perjudicar á la popularidad del monumento, Napoleon había tenido igualmente la idea romana de sacar exclusivamente esta cantidad de la clase de los electores que no constaba entonces más de treinta á cuarenta mil miembros activos. Era, pues, según su cálculo una suma de mil á tres mil francos lo que se debía imponer á cada uno de estos *Curiales* de un nuevo género.

Había ya cerca de veinte días que Napoleon estaba en Madrid, y no había aún hecho nada para batir el ejército inglés. Es cierto que si, pocos días después de su llegada á esta capital, hubiese según su método habitual marchado sin desviar al encuentro de los ingleses para acabar su victoria, habría puesto el ejército de Moore en el peligro más grande. Este general no había, en efecto, recibido hasta los primeros días de Diciembre, su artillería y su